

El feminismo, entre recomposición del pasado y futuro incierto

Françoise Picq

En **Cités** Número 1, 2002, páginas 25 a 38

Traducido y revisado por Cadenza Academic Translations

Traductor: Yago Mellado Lopez, Editor: Solange Gil, Editor sénior: Mark Mellor

ISSN 1299-5495

Este documento es la versión en español de:

Françoise Picq, «Le féminisme entre passé recomposé et futur incertain», *Cités* 2002/1 (n° 9) , p. 25-38

Disponible en línea en:

<https://www.cairn-mundo.info/revue-cites-2002-1-page-25.htm>

Cómo citar este artículo:

Françoise Picq, «El feminismo, entre recomposición del pasado y futuro incierto», *Cités* 2002/1 (Artículos selecciona) , p. 25-38

Distribución electrónica por Cairn en representación de Belin. Presses Universitaires de France.

© Presses Universitaires de France. Todos los derechos reservados para todos los países.

La reproducción de este artículo (incluyendo su fotocopiado) solo está autorizada de acuerdo con los términos generales y las condiciones de uso de la página web, o con los términos generales y las condiciones de la licencia de su institución, cuando sean aplicables. Cualquier otra reproducción, total o parcial, o almacenamiento en una base de datos en cualquier forma y por cualquier medio queda estrictamente prohibida sin el expreso consentimiento por escrito de la editorial, excepto cuando esta sea permitida por la ley francesa.

El feminismo, entre recomposición del pasado y futuro incierto

FRANÇOISE PICQ

Para abordar «el futuro político del feminismo en Francia», necesariamente incierto, resulta útil situarlo en relación con su historia de larga duración. Hay que reconectar con el hilo de un pasado desconocido, olvidado, entre la primera ola (a la que debemos la tan difícil conquista de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres) y el movimiento que proclamó 1970 como el año cero de la liberación de las mujeres.¹

El feminismo en Francia ha sido a menudo brillante en su expresión intelectual. Su historia política se ha visto marcada por la agitada historia del nuestro país, en la que ha inscrito sus reivindicaciones, y por las relaciones complejas que ha establecido con el movimiento social. A pesar de haber sido siempre muy minoritario, ha sido sin embargo capaz, en determinadas ocasiones, de cristalizar una revuelta colectiva en torno a metas pertinentes. Cuando digo «metas pertinentes», no quiero decir que fueran accesibles, fue desde luego necesaria una buena dosis de utopía para aventurarse fuera de los papeles asignados. Fue luego cuando el feminismo se volvió reformista, convirtiéndose en el motor de una «evolución» de la sociedad (evolución demasiado tardía a veces para que la historia reconociera su deuda). Sus formas, sus temas, sus modos de expresión han sido muy diversos y es por ello que resulta difícil reducirlo a una única

1. «Libération des femmes, année zéro», *Partisans* 54-55 (1970); Françoise Basch *et al.*, eds., *Vingt-cinq ans d'études féministes: L'expérience Jussieu* (Paris: CEDREF, 2001).

definición, pero cada momento expresa la misma protesta, basada en la conciencia de una opresión específica y pone en pie una solidaridad entre «mujeres», en nombre de las cuales emprende una lucha para cambiar una situación injusta que no es natural ni inmutable.

Imaginar el futuro en clave feminista exige admitir la innovación, lo inesperado. Entre las características de los diferentes movimientos hay que distinguir las que son circunstanciales, aun cuando sean responsables de la densidad histórica, de las que se inscriben en una historia acumulativa cuyos logros deben ser preservados. Hay que aceptar que a cada generación le corresponde definir sus propias metas; las nuevas generaciones no tienen por qué identificarse con las metas que sus predecesoras feministas consideraron esenciales y no alcanzadas. Pero para evaluar ciertas tendencias emergentes hay que tener presente el criterio del progreso o peligro que, a largo plazo, representan para la posición de las mujeres.

EL FEMINISMO ENTRE DOS OLAS

Después de una explosión espectacular, particularmente en Francia en los setenta, el movimiento feminista experimentó un largo retroceso durante los ochenta. La sociedad «patriarcal» asimilaba lo ocurrido y reestablecía un equilibrio que integraba los logros de la lucha, a la vez que trataba de compensarlos o de reducir su alcance. Era el triunfo de la ideología «posfeminista», que proclamaba el fin del patriarcado y la obsolescencia de la revuelta. Esta reconocía que el feminismo había sido útil, había hecho progresar la situación de las mujeres y había modernizado la sociedad, pero había alcanzado su legítimo objetivo y cualquier otra reivindicación sería excesiva y peligrosa.

Las militantes, cada vez más aisladas, se vieron reducidas a defender sus logros y su imagen, a mantener organizaciones bajo mínimos y *maisons des femmes*² desiertas, y a enfrentarse en debates estériles. El movimiento³ se había disuelto en la sociedad que él mismo había nutrido. Se desmembró en un enjambre disperso de asociaciones activas en torno a objetivos

2. N. del T. Literalmente, casas de mujeres, espacios feministas creados en la estela del MLF (Mouvement de libération des femmes).

3. MLF, «Mouvement de libération des femmes: le Mouvement», véase Françoise Picq, *Libération des femmes: Les années-mouvement* (París: Seuil, 1993), 363.

particulares. Para las investigadoras, cada vez más alejadas del feminismo militante, era hora de hacer balance. El «movimiento» se había convertido en un objeto de estudio. Se evaluaba su papel en los cambios de la sociedad y se planteaba el futuro como un volver a empezar.⁴

Los estudios feministas, combinando la perspectiva crítica y el rigor metodológico, indagaron en los temas que el movimiento había puesto sobre la mesa. Intentaron —con muchas más dificultades en Francia que en otros lugares— ganar una legitimidad institucional y transmitir, tanto como lo permitía el rígido sistema universitario, el conocimiento y los métodos de análisis.

Desde hace algunos años, asistimos a nuevas movilizaciones relacionadas con las mujeres, movilizaciones que debemos mirar con interés —como la reanudación tan esperada— pero también con cierta vigilancia. Nos gustaría transmitir una experiencia entendida como un legado y alertar contras las desviaciones. Pero este legado debe ser algo aceptado y las desviaciones, identificadas. La transmisión no es un movimiento de sentido único. Hay que consentir que el legado sea modificado, reinterpretado y transformado de manera imprevisible.⁵

No aceptar la novedad respecto al feminismo tal y como lo hemos conocido es ciertamente no reconocer su futuro; como les ocurrió a las últimas feministas de la primera ola que, creyendo mantener viva la llama, desaprovecharon la oportunidad de *El segundo sexo* y, más tarde, la de la lucha por la contracepción.

Las principales reivindicaciones fueron obtenidas en la liberación: el derecho al voto y a la elegibilidad, obtenidos con el decreto del 21 de abril de 1944, y la igualdad de derechos «en todos los ámbitos», garantizada por la ley e inscrita en el preámbulo de la Constitución de 1946. Fueron pocas las feministas que, atrapadas entre las dos corrientes que dominaron la época (comunista y católica), siguieron una lucha independiente. El derecho al voto, insistían, no era un objetivo en sí mismo, sino un medio que las francesas debían utilizar para influir en las decisiones políticas y conseguir las reformas necesarias: contra la incapacidad de las mujeres casadas,

4. CLEF (Centre Lyonnais d'Études Féministes), *Chronique d'une passion* (París: L'Harmattan, 1989); Françoise Picq, «Si c'était à refaire...», en GEF (Groupe d'Études Féministes de l'Université Paris VII), *Crises de la société, féminisme et changement* (París: Tierce, 1991), 257-263.

5. Michèle Ferrand, «Le féminisme, nos filles et nous», *BIEF* (Bulletin d'Information des Études Féminines) 20-21 (1989).

por la igualdad de los derechos parentales, por la apertura de las carreras y la igualdad de los salarios, etc. Nacidas del feminismo igualitario, no reconocieron en *El segundo sexo* la anticipación de una nueva etapa en su lucha, algo que por otra parte respondía al desconocimiento total que mostraba Simone de Beauvoir sobre su acción. Acostumbradas a basar sus reivindicaciones en la «función social de la maternidad», no calcularon tampoco los peligros de la ideología familiarista triunfante y de una política social que encumbraba a las mujeres como madres y amas de casa, encerrándolas en este estatus y tolerando su exclusión de la vida social. Con una disminución continua de la actividad de las mujeres (impulsada por el subsidio del salario único) y un refuerzo de los roles sexuales en la familia, las mujeres obtenían «el derecho al voto a cambio del deber de volver al hogar». ⁶ Este es el molde doméstico al que tendrá que enfrentarse la generación siguiente. Las feministas de la generación precedente mostraron más incompreensión que simpatía, más incomodidad que entusiasmo ante el movimiento por la contracepción. Este se desarrolló a partir de 1956 con La Maternité Heureuse (La Maternidad Feliz), que se convertiría en 1960 en el Movimiento Francés a favor de la Planificación Familiar y que se toparía con la hostilidad tanto de los católicos como de los comunistas. ⁷

Simone de Beauvoir, por su parte, no dudó en identificarse con el movimiento de los setenta, a pesar de que este emprendía una lucha colectiva provocadora muy alejada de la exigente perspectiva de liberación individual que ella había esbozado en su ensayo filosófico.

La primera ola feminista puso toda su energía en la conquista de la igualdad de derechos. Seguía vinculada a una definición del feminismo que ya no se correspondía con los nuevos desafíos. La segunda desdeñaba esta «igualdad formal», a pesar de apoyarse en ella. Aceptaba la caricatura del feminismo pasado, rechazando la prudencia, el comportamiento razonable mediante el cual este trataba de convencer a «quienes hacen las leyes» y, en la estela del Mayo del 68, planteaba la cuestión feminista en términos de liberación y de fiesta revolucionaria.

Este es probablemente el duelo que tendremos que hacer. Estar abiertas a la renovación del feminismo no es esperar un movimiento que reúna

6. Sabine Bosio-Valici y Michelle Zancarini-Fournel, *Femmes et frères de l'être: Un siècle d'émancipation féminine* (París: Larousse, 2001), 55.

7. Sylvie Chaperon, *Les années Beauvoir* (París: Fayard, 2000).

lo que para nosotras fue el paradigma y que no es finalmente más que la forma particular adoptada por el feminismo en el contexto político posterior al Mayo del 68. La esperanza descabellada de acabar de golpe con la opresión, de abolir el patriarcado en el marco de una generación fue formidablemente eficaz en un clima político abierto al cambio para denunciar un consenso frágil, desestabilizar las antiguas relaciones de género y forjar nuevas representaciones.⁸

Pero es poco probable que un movimiento tan radical se desarrolle en una Francia que se ha vuelto razonablemente reformista, que ha perdido el gusto de la ruptura y de la protesta y que ya no cree en los grandes sistemas ideológicos de liberación. Habrá que mantener en cambio la conquista principal del movimiento de los setenta: la libertad para disponer del propio cuerpo.

Esta ola feminista tuvo lugar al mismo tiempo que se producía una mutación de la identidad de la mujer. Con el control de la reproducción y la conquista de la autonomía profesional, las mujeres obtuvieron mayor libertad para decidir su destino, existir más allá del rol de madres y pactar nuevas relaciones con los hombres. Pasamos de la glorificación de la maternidad, «cara amable del patriarcado»,⁹ a una libertad que podemos calificar como *habeas corpus*.¹⁰

A lo largo del siglo XX, las mujeres conquistaron la igualdad de derechos y la autonomía personal. Pero tal y como proclamaba la manifestación del 25 de noviembre de 1995: «los logros de las mujeres nunca son completos».

EL GIRO DE 1995 Y LAS NUEVAS MOVILIZACIONES

Fue en torno a 1995 cuando se invirtió esta tendencia de retroceso del feminismo. Los grupos que nunca se rindieron vieron entonces recompensada su obstinación. Jóvenes que se sentían feministas a pesar de los aires del momento vieron que podían reclamarse como tales. La IV Conferencia

8. Picq, *Les années-mouvement...*

9. Françoise Héritier, «Privilege de la féminité et domination masculine. Entretien avec Françoise Héritier», *Esprit* 273 n°3/4 (2001): 77-95. <https://www.jstor.org/stable/24278954>.

10. Geneviève Fraisse, «Entre égalité et liberté», en *La place des femmes: Les enjeux de l'identité et de l'égalité au regard des sciences sociales*, ed. por Éphesia (París: La Découverte, 1995).

Mundial sobre las Mujeres que tuvo lugar en Pekín, al abordar los problemas mundiales aplicándoles el filtro «mujeres», puso de manifiesto la feminización de la pobreza, la violencia hacia las mujeres, su explotación económica, los escasos progresos realizados desde la I Conferencia de 1975, etc. Sacar a la luz estas cuestiones fue importante para las mujeres del Sur y también para las europeas, particularmente para las francesas. Se subrayó el retraso francés en relación con la participación en las decisiones: Francia se encuentra en el trigésimo primer puesto del ranking mundial del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) sobre la participación de las mujeres en la toma de decisiones.

En 1995, la vuelta de la derecha al poder en Francia despertó también la sensación de que los derechos de las mujeres estaban amenazados: la indulgencia del poder ante los comandos antiaborto, la lucha por la amnistía, las revelaciones sobre la influencia política del Opus Dei y los grupos de presión familiaristas y tradicionalistas, la falta de aplicación de la ley sobre la igualdad profesional, la degradación del empleo y los salarios, la infrarrepresentación en la vida pública y política, el ascenso de la extrema derecha, etc. Ver amenazado el derecho al aborto bastó para la movilización. Las «militantes de fondo» rearticulaban las redes, convocaron a las asociaciones feministas a coordinarse y a las organizaciones políticas progresistas a apoyar los derechos de las mujeres que emergían así como un símbolo de los derechos del individuo frente al poder y el orden moral. Se produjo una reforma del campo de la laicidad.

La CADAC (Coordinadora de Asociaciones por el Derecho al Aborto y a la Contracepción)¹¹ tomó la iniciativa de convocar una manifestación unitaria en defensa de los derechos de las mujeres. El 25 de noviembre de 1995 significó un nuevo punto de partida. Más de 100 organizaciones, partidos políticos, sindicatos, asociaciones de diferente cuño se asociaron a la convocatoria de la CADAC. Unas 40 000 personas de todas las edades marcharon por «el derecho al aborto y la contracepción», contra el «ascenso del orden moral», por «una igualdad real entre hombres y mujeres». Las mujeres encabezaron simbólicamente la manifestación y fueron claramente mayoritarias, pero los hombres también fueron numerosos. La

11. Creada en 1990, por iniciativa de Planning familial y de Elles sont pour, la CADAC se movilizó para hacer frente a los comandos antiaborto (*commandos anti-IVG*), bloqueando sus acciones mediante contramanifestaciones y para lograr la aprobación de una ley que estableciera el «delito de obstaculización al aborto» (Ley Neiertz, del 23 de diciembre de 1992).

movilización mostró una voluntad de lucha y de unidad entre organizaciones, muy divididas por otra parte, que lograron ponerse de acuerdo sobre una cuestión que no era central para ellos. Esto les permitió delegar en sus militantes y mostrar con poco coste una voluntad de unión. Pero al mismo tiempo aportó legitimidad política al feminismo, por ser capaz de aunar fuerzas políticas diversas y, sobre todo, porque la manifestación sería la señal precursora del movimiento social de noviembre y diciembre de 1995.

A raíz de la manifestación del 25 de noviembre de 1995 se creó una nueva estructura: el Collectif des droits des femmes (Colectivo por los Derechos de las Mujeres), que reunía a las organizaciones participantes para perpetuar el acuerdo y tomar nuevas iniciativas. Este colectivo no reflejaba un cambio de generación. Seguía estando dirigido por las feministas procedentes de la tendencia «lucha de clases» del movimiento de los setenta o militantes sindicales y políticas formadas en aquella época, y conservaba cicatrices de las antiguas rupturas. Sin embargo, en las decisiones estratégicas que adoptó, manifestó ser un proyecto político en ruptura con aquel movimiento. Apuntaba, más que a la autonomía política del feminismo, a la defensa de los derechos de las mujeres por parte de todas las organizaciones de los movimientos sociales. Y estas organizaciones, preocupadas por rectificar *a posteriori* sus errores de apreciación, manifestaron su buena voluntad. Así, el PCF (Partido Comunista Francés) mostró un nuevo rostro, abierto tanto al feminismo como al humanismo, y aportó su apoyo a la causa de las mujeres sin pretender someterla a la lucha de clases o ponerla bajo su control.

La unidad de acción se forjará en la organización compartida Assises Nationales des Droits de Femmes (Congreso Nacional por los Derechos de las Mujeres), que se prolongó durante dieciséis meses y permitió confrontar los análisis y los diferentes puntos de vista: hacer un «análisis de la situación de los derechos de las mujeres», formular las condiciones necesarias para su avance, abrir el debate sobre las cuestiones de actualidad (la paridad, el lugar de las inmigrantes, las mujeres sin papeles y las lesbianas, etc.). Las comisiones trabajaron, prepararon dossiers, elaboraron reivindicaciones para llevar a las asambleas; se crearon colectivos regionales, se coordinaron reagrupando localmente los mismos grupos políticos. Los colectivos de los derechos de las mujeres ofrecieron un marco de encuentro y de movilización muy abierto. Investigadoras, militantes y sindicalistas

compararon datos y análisis. Y las jóvenes se agruparon y se transmitieron unas a otras su toma de conciencia.¹²

El Congreso fue también el punto de partida de nuevas movilizaciones, debido a las frustraciones que generó (las lesbianas no se sintieron suficientemente escuchadas y se coordinaron por su cuenta; las jóvenes no se vieron reflejadas y fundaron sus propios grupos). A pesar de las crisis, a veces violentas, el desánimo, pero con la energía renovada, el *Collectif des droits des femmes* queda encaminado, teje lazos, hace circular la información, lanza campañas y consignas. Se convierte de manera natural en el centro de las movilizaciones y en el punto de encuentro. Deviene una estructura operativa para reaccionar frente a la actualidad política o social, para defender los derechos de las mujeres o hacerlos avanzar o para difundir las grandes movilizaciones internacionales. A iniciativa de la Federación de Mujeres de Quebec, la Marcha Mundial de las Mujeres del año 2000 fue el medio que permitió tejer a través de numerosos países una red de movilizaciones en la era de internet y de la resistencia a la mundialización salvaje.

En los noventa surge una nueva generación feminista. Organizaciones juveniles en partidos o sindicatos, asociaciones de estudiantes, comisiones «antisexistas», etc. Las Marie-pas-claire fueron las primeras, en 1992. Eran militantes de organizaciones de extrema izquierda y se organizaron en grupo no mixto para discutir sobre problemas que no podían abordar en sus organizaciones, reconectándose de manera natural con las ideas y los modos de expresión del MLF.¹³ Las Mafalda aparecieron en Toulouse ya en 1993. En Lyon, fue el CARES (Colectivo de Acción y Reflexión por la Igualdad de Género). Les Sciences Potiches se Rebellent fundaron una asociación estudiantil, reconocida por el Instituto de Ciencias Políticas de París. Cada grupo tuvo su historia, su ritmo, sus temas. La transmisión entre las feministas de los setenta y la nueva generación tuvo lugar a veces directamente de madre a hija, a veces a través de las enseñanzas feministas o a través de conferencias, charlas o encuentros. La realización de posgrados o tesis de historia, de sociología o de ciencias políticas fue otra manera de plantear al movimiento anterior las problemáticas del momento. Tanto si

12. «Études féministes, militantisme et mouvement des femmes», suplemento, *Bulletin de l'ANEF* 23 (1997); *En avant toutes! Les Assises Nationales pour les Droits des Femmes* (París: Le Temps des Cerises, 1998).

13. «Continuités et discontinuités du féminisme», dossier editado por Marcelle Marini, *Cahiers du CEDREF* 4-5 (1995). doi:10.4000/cedref.286.

se reivindicaban como feministas, como si optaban por otras apelaciones, tanto si reclamaban la continuidad, como si marcaban distancia, estos grupos se organizaron sobre nuevas bases. Con excepción de las Marie-pas-claire, optaron por ser mixtos, rechazando toda segregación del entorno que les resultaba natural.

Mix-cité es tal vez el grupo más característico de esta nueva generación puesto que anuncia ya en su nombre, institucionalizándolo en su funcionamiento, lo que lo distingue del feminismo precedente. La asociación se fundó justo después del Congreso Nacional por los Derechos de las Mujeres de 1997. Proclamó fuerte y claro su condición mixta, pero también su feminismo, que definió con precisión en sus estatutos. No mostró ni rechazo ni fascinación en relación con el movimiento precedente, pero adoptaron decisiones opuestas a las que hicieron la magia del MLF (Movimiento por la Liberación de las Mujeres) antes de provocar su caída. La asociación desconfió de la espontaneidad y estableció de manera formal una organización clara, con estatutos precisos, reconsiderados y actualizados en función de los problemas encontrados. Se designaron las portavocías y el cupo respectivo de cada género en la dirección. Las reuniones se iniciaban con una exposición, las discusiones daban lugar a tomas de decisión colectivas y se escribían y discutían balances anuales. Se diferenciaba entre lo «personal» y lo «político» y se establecían límites, como si se hubiera hecho balance a partir de las experiencias anteriores.

También se desarrollaron otros grupos para los cuales el feminismo no era una cuestión central, sino que formaba parte de un conjunto de objetivos militantes. Pro-choix, por ejemplo, defiende el derecho al aborto como una elección libre, al igual que reivindica la elección de la propia sexualidad o la elección de la propia vida y la propia muerte. La homosexualidad es a menudo el punto común que une a hombres y mujeres en la misma reivindicación de la igualdad de derechos entre homosexuales y heterosexuales.

Parece así que la no-mixticidad, fundamento del MLF, deja de tener vigencia en una generación joven en la que, a diferencia de los setenta, se pretende luchar contra los roles impuestos y transformar las relaciones de género de manera conjunta.

Otro cambio relevante tiene que ver con la relación con las instituciones. Un cambio que sucede por ambas partes dado que, si la protesta radical deja de tener sentido es porque los poderes públicos organizan de buen grado una aparente concertación, invitan a las asociaciones feministas a

expresarse y suelen ceder ante los grupos de presión más eficaces. Desde 1997, muchas de las cuestiones planteadas por el feminismo han sido aceptadas y en algunos casos integradas a la ley (o incluso a la constitución). Hay una voluntad declarada de hacer realidad la igualdad, de abrir el acceso de las mujeres a las responsabilidades (mediante una feminización de la vida política, de la vida asociativa, a través de un «acceso equitativo de los hombres y las mujeres a los puestos más altos de la función pública»), de garantizar la igualdad profesional, la libre elección, de luchar contra la violencia contra las mujeres, el sexismo en la publicidad, los estereotipos, de facilitar la vida cotidiana mejorando los sistemas de guarderías para el cuidado de los niños. Convenios, reglamentos, planes de igualdad, programas de inserción, coloquios, comisiones de seguimiento o grupos de trabajo asocian a responsables de asociaciones e investigadoras feministas en la reflexión y la elaboración de programas.

La promoción de las mujeres, símbolo de modernidad, se ha convertido en uno de los principales caballos de batalla y de competición entre los políticos. Pero existe un gran riesgo en confiar en esta buena voluntad a nivel estatal (y europeo, donde la UE ha convertido la «igualdad de oportunidades» en uno de los «pilares» del Tratado de Ámsterdam). La movilización de las feministas sigue siendo necesaria especialmente porque las intenciones anunciadas por los gobiernos pueden terminar por ser puramente simbólicas o ceder ante imperativos políticos o grupos de presión más influyentes que los suyos.

La experiencia muestra muy bien que nada avanza sin la obstinación de los principales interesados y que las instituciones se mueven únicamente bajo la presión de los grupos afectados. Por otra parte, el ritmo de la política, las citas electorales, la presión mediática arrastran a menudo a la acción pública a una visión a corto plazo. Las opiniones disidentes, que corren el riesgo de retrasar las decisiones, no son escuchadas. Esto es probablemente lo que empujó al Gobierno a esta doble elección, cuando menos paradójica, de la paridad y del PACS (Pacto Civil de Solidaridad). La diferencia de género es así introducida en el campo de la ciudadanía, donde no tenía razón de ser, y es rechazada en un contexto en el que justamente debería ser considerada.¹⁴

14. Nathalie Heinich, «Les contradictions actuelles du féminisme», *Esprit* 273, nº3/4 (2001): 203-219. <https://www.jstor.org/stable/24278962>.

La ley sobre la paridad anuncia un progreso indudable, pero plantea a la vez un problema desde el punto de vista feminista. La reforma se llevó a cabo con bombo y platillo, tratando de no escuchar las reticencias de numerosas feministas, como las que defendían el universalismo democrático. Esta reforma dividió a la ciudadanía en dos categorías sexuales que quedaron institucionalizadas en el campo político, sancionando una concepción tradicional, prefeminista, de una diferencia casi ontológica entre hombres y mujeres que existía en el sentido común y que el feminismo había deconstruido.¹⁵

Por el contrario, las posiciones defendidas en torno al PACS y «más allá de él» tienden a cuestionar, en nombre del universalismo y de la igualdad de género y sexual, el valor de la «diferencia de género», también en la parentalidad y la filiación. La ley que instauró el PACS fue votada como respuesta a una petición de reconocimiento institucional de algunas asociaciones gays. Esta petición manifestaba que el centro de gravedad del movimiento homosexual se había desplazado de una exigencia de libertad individual a una reivindicación de igualdad entre las parejas homosexuales y las heterosexuales.¹⁶ Esta reforma, resultado del compromiso, no satisfizo completamente a los solicitantes, puesto que no da un estatus equivalente al del matrimonio y no permite la adopción ni la reproducción asistida. Según Daniel Borrillo, se inspira en una «ideología heterosexista»; no pone en cuestión la concepción de la familia, que sigue estando basada en la diferencia de sexo y, por esta misma razón, excluye a los gays y a las lesbianas del derecho a fundar una familia.¹⁷ Desde un punto de vista feminista, es difícil entender esta demanda de normalidad familiar, liderada

15. Rose-Marie Lagrave, «Une étrange défaite: la loi constitutionnelle sur la parité», *Politix* 51 (2000): 113-141. doi:10.3406/polix.2000.1106; Françoise Picq, «Parité, la nouvelle "exception française"», *Modern and Contemporary France* 10, n°1 (2002): 13-23. doi:10.1080/09639480120107541; Liliane Kandel, «Sur la différence des sexes, et celles des féminismes», *Les temps modernes* 609 (2000): 283-306.

16. Marianne Schulz, «Reconnaissance juridique de l'homosexualité: quels enjeux pour les femmes?», en «Lien sexuel, lien social: sexualités et reconnaissance juridique», suplemento, *Bulletin de l'ANEF* 29 (1999): 9-26.

17. Daniel Borrillo, «La protection juridique des nouvelles formes familiales: Le cas des familles homoparentales», en «Le meccano familial. Les nouveaux enjeux politiques de la vie privée», dossier especial, *Mouvements* 8 (2000): 59.

por un movimiento homosexual dominado por hombres, tan contrario a lo que fue el combate feminista y las concepciones de la generación del 68. Dejando a un lado las críticas feministas en relación con el matrimonio, el PACS equipara la pareja (heterosexual u homosexual) en lo más cuestionable de esta institución (impuestos comunes y derechos derivados), a la vez que excluye sus garantías (ruptura unilateral mediante una simple carta certificada). Existía otra vía, preferible quizá para mejorar la situación de las parejas (tanto homosexuales como heterosexuales), sin recaer en el cuestionado modelo familiar: el reconocimiento legal de la unión libre, su inscripción en el Código Civil incluyendo a las parejas del mismo sexo y la ampliación de los derechos de todos los concubinos.¹⁸

Pero el nudo de la contradicción tiene que ver con la filiación y la «diferencia de sexo», como vemos en el debate se desarrolló a partir de ahí.¹⁹ El feminismo de los setenta había seguido en su mayoría la línea de Simone de Beauvoir. Consideraba la identidad de género como una construcción social y planteaba la necesidad de disociar la identidad de las mujeres y la maternidad. Esbozaba la utopía del fin de la bipolarización en función del sexo. Este proceso de deconstrucción/reconstrucción es el que continuaron los movimientos de gays y lesbianas y, con el movimiento *queer*, se lleva aún más lejos esta difuminación de las categorías de sexo e identificación masculina/femenina. Sin embargo, las feministas se resistieron ante estos cuestionamientos que parecían superar sus intenciones. Esto se debe, como afirma Marcela Iacub, a que no eran tan «antidiferencialistas» como pretendían y a que no aspiraban en realidad a «la desaparición de las mujeres como sujeto histórico, ya que este era finalmente su monotema».²⁰

18. Irène Théry, «Le contrat d'union sociale en question», *Esprit* 236 nº10 (1997): 159-211. <https://www.jstor.org/stable/24276868>; «La question du genre dans les débats actuels sur le couple», en «Lien sexuel, lien social: sexualités et reconnaissance juridique», suplemento, *Bulletin de l'ANEF* 29 (1999): 22-31; «Manifeste pour la reconnaissance légale de l'union libre», en «Lien sexuel, lien social: sexualités et reconnaissance juridique», suplemento, *Bulletin de l'ANEF* 29 (1999): 79.

19. Véase concretamente Daniel Borrillo y Éric Fassin, eds., *Au-delà du Pacs: L'expertise familiale à l'épreuve de l'homosexualité* (París: PUF, 1999); VVAA, «Le meccano familial»...; Marc-Olivier Padis e Irène Théry, eds. «L'un et l'autre sexe», dossier, *Esprit* 273, nº3/4 (2001). <https://www.jstor.org/stable/i24277933>; Yvonne Knibielher, ed., *Maternité: Affaire privée, affaire publique* (París: Bayard, 2001); Forum des états généraux de l'écologie politique, *Sexualités et genres: permanences et évolutions*.

20. VVAA, «Le meccano familial...», 77.

En efecto, las feministas siguen considerando la categorización de sexo como un operador clave en la definición de sí mismas. Aun cuando los contornos estén desdibujados y existan zonas grises, escribe Nathalie Heinich, esto no resta importancia a la realidad de la diferencia de sexo ni a su necesidad.²¹ Y aunque rechazamos la reducción de la identidad de las mujeres a su estatus de madres, aunque la maternidad esté en el centro de la opresión de las mujeres, forma parte, como potencialidad, de la identidad femenina. Las feministas se muestran reticentes ante el ideal de una sociedad sin género en la que la filiación quedara desbiologizada²² porque temen que en ello se esconda un cuestionamiento de sus logros. El «poder de las madres» es considerado fácilmente como abusivo, no solo en lo relacionado con la custodia de los niños en el momento del divorcio (algo sobre lo que habría mucho que decir), sino también en lo relacionado con la libertad de la reproducción. Para Marcela Iacub, el derecho al aborto, «junto con el nuevo poder de las mujeres, se convierte en fuente de desigualdades de género». Es la libertad sexual de los hombres la que está en cuestión puesto que ellos no pueden «sustituir a esta voluntad todopoderosa de la madre de abortar o de dar a luz».²³

Esta posición muestra bien a dónde puede conducir la negación de la diferencia biológica y nos permite entender las reticencias de las feministas. Bajo la idea de la igualdad de género y entre las sexualidades, la especificidad de la maternidad se ve cuestionada y, con ella, los derechos correspondientes, incluido el derecho a disponer del propio cuerpo. Se trata un hito en los logros del feminismo que las mujeres no deben por nada en el mundo dejar que se ponga en duda. La maternidad, que era algo del destino, se ha convertido en una elección inalienable de las mujeres. Es cierto que de ahí se desprende una desigualdad de género, pero la libertad de las mujeres tiene ese precio. Si las mujeres han sido sometidas debido a su capacidad reproductora, al necesitarlas los hombres como «recurso» para reproducirse, solo retomando este poder sobre sí mismas se convierten en individuos. Esta «gran revolución de nuestra época» es, afirma Françoise

21. Heinich, «Les contradictions actuelles du féminisme»...

22. Bertrand Guillaume, «La justice démocratique et l'effacement du genre», *Cités* 1, nº5 (2001): 49-54. doi:10.3917/cite.005.0049.

23. Marcela Iacub, «Reproduction et division juridique des sexes», *Les Temps modernes* 609 (2000): 242-262.

Héritier, una palanca suficientemente fuerte para salir de la «valencia diferencial del género».²⁴

La posibilidad de hacer del embarazo algo «negociable, artificializable, sustituible», «el derecho de prescindir del propio cuerpo para reproducirse», de lo que Marcela Iacub hace una nueva consigna,²⁵ es una nueva manera de responder a la vieja queja de los hombres cuando se lamentan de no poder prescindir de las mujeres para tener niños. Fue para apropiarse de la potencia maternal que ellos instauraron el matrimonio y la presunción de paternidad, los fundamentos del patriarcado que las feministas han combatido con éxito considerable pero nunca definitivo. Este nuevo dogma de la igualdad de género y de sexualidades, que denuncia el abuso de poder de las madres, podría ser perfectamente un medio de refundar la dominación masculina, de una manera simétrica a la ideología familiarista de la posguerra, que destinaba al hogar a unas mujeres que ya eran iguales en derechos.

El manifiesto «Nous sommes les universalistes» (Nosotras somos las universalistas) pretende vincular las reivindicaciones del feminismo y del movimiento homosexual. Desde mi punto de vista, las feministas deben apoyar las reivindicaciones de las parejas homosexuales para formar una familia. Deben participar en la lucha contra las discriminaciones de los y las homosexuales, concretamente en lo tocante a la custodia de los niños en caso de divorcio o de adopción. Pero este apoyo no debe hacerse basándose en una ideología que niegue la maternidad en lo que esta tiene de específico y que ponga en tela de juicio la autoridad de las mujeres en relación con su propio embarazo. Tal y como afirma Marie-Josèphe Dhavernas, «si se niega la biología, nos privamos de los medios para analizar sus efectos y por lo tanto combatirlos cuando corresponde». Hay que tener en consideración por el contrario la asimetría biológica para concebir la igualdad social.²⁶ Sobre este fundamento, feministas y homosexuales pueden unirse contra las caracterizaciones y los roles sexuales estereotipados para lograr más fluidez y más opciones individuales. Hombres y mujeres pueden construir juntos nuevos repartos de tareas y responsabilidades parentales compartidas.

24. Héritier, «Privilège de la féminité»...

25. Iacub, «Reproduction et division»..., 262.

26. Marie-Josèphe Dhavernas, «Biomédecine: la nouvelle donne», en *Maternité, affaire privée, affaire publique*, ed. por Yvonne Knibiehler (París: Bayard, 2001), 93-108 (101-103).

El futuro del feminismo es incierto. Como lo es la historia futura. Pensarlo en relación con un pasado excesivamente ignorado permite arrojar luz sobre el horizonte en una perspectiva acumulativa. Una vez establecidos, los derechos adquiridos se banalizan fácilmente y corren el riesgo de ser insidiosamente cuestionados. El conocimiento de las luchas pasadas ayuda a evaluar tanto su importancia como sus límites. La igualdad de derechos, obtenida después de casi un siglo de luchas, no ha sido suficiente para la emancipación de las mujeres. La etapa siguiente —esencial— fue la del control de su propia fecundidad. Las mujeres ya no están confinadas a la maternidad, pero siguen atrapadas por esta, obligadas a asumir su responsabilidad y a resolverla como un asunto de la mujer, individual y privado. La «conciliación» entre maternidad y vida profesional y social recae sobre ellas, como si solo ellas tuvieran que pagar el precio de la reproducción del género humano. La esfera del trabajo sigue funcionando según el viejo modelo, dando por supuesto que la renovación de las generaciones, la casa, los niños, los ancianos, los enfermos es una responsabilidad asumida siempre por una mitad del género humano que renuncia a una existencia plena y completa de individuo. De ahí se desprenden desigualdades entre los hombres y las mujeres en la carrera profesional y el acceso a las posiciones superiores, pero también entre las propias mujeres.²⁷ Volver a pensar por completo la articulación de las esferas sociales, el lugar de la maternidad y de la paternidad en la distribución de las cargas familiares y de la vida social y profesional podría ser el siguiente desafío del feminismo. Que los padres se impliquen en la esfera doméstica, no tanto desde la posición del padre simbólico, sino desde la efectividad de los comportamientos concretos, contribuiría enormemente a la desaparición de los géneros. Y permitiría a las mujeres participar plenamente en la vida social. Se trata de reformular un contrato social entre los géneros, acompañado de una responsabilización del conjunto de la sociedad en la renovación de las generaciones. La tarea del feminismo es aún inmensa y los hombres tienen un papel que desempeñar en ella.

27. Irène Théry, «Mixité et maternité», en *Maternité, affaire privée, affaire publique*, ed. por Yvonne Knibiehler (París: Bayard, 2001), 251-270 (262).

Françoise Picq

Profesora emérita en ciencias políticas de la Universidad de París-Dauphine. Desde los setenta participa en numerosos grupos, redes internacionales y asociaciones de estudios feministas. Entre sus principales publicaciones sobre la historia del feminismo y las particularidades del movimiento francés, y sobre la cuestión *Libération des femmes, les années-mouvement* (París: Seuil, 1993), *Libération des femmes : quarante ans de mouvement* (Brest: éditions Dialogue.fr, 2011), «El hermoso pos-mayo de las mujures», en *Dossiers féministes* 12, 2008, «Mayo del 68 : revolución y género», Universitat Jaume I, Castellon de la Plana. www.francoisepicq.fr

Traducido y revisado por Cadenza Academic Translations
Traductor: Yago Mellado Lopez, Editor: Solange Gil, Editor sénior: Mark Mellor